

Según lo indicado, el trofoedema aparece como un *síndrome* que tiene al menos dos orígenes: *origen nervioso y origen linfático ganglionar*.

Si en los dos casos que he referido la terapéutica no ganó nada con esta diferenciación no sucederá siempre así. Es probable que existan edemas de origen nervioso cuyas lesiones sean más justificables de la intervención quirúrgica que la de nuestra enferma; quizá se puedan encontrar a veces simples bridas fibrosas de fácil resección. Es probable también que en ciertos individuos los obstáculos linfáticos que determinan el edema sean menos generalizados que en nuestra segunda enferma y más fáciles de ser remediados gracias a alguna intervención operatoria. El porvenir nos informará sobre la eficacia de esos métodos terapéuticos.

Y diremos para terminar que la espina bífida aparente u oculta puede seguirse de otros trastornos tróficos además del trofoedema. Estas perturbaciones pueden afectar a los huesos, la piel, el tejido celular o el conjunto de los tejidos de uno o varios miembros. He observado un caso en el que, además de una lesión cutánea (vitiligo, esclerodermia en banda), parecía haber determinado una atrofia en masa de un miembro en longitud y en volumen.

Una espina bífida oculta puede igualmente provocar a la vez un acortamiento y una hipertrofia global de un miembro, afectando a la musculatura y al esqueleto tanto o más que al tejido conjuntivo (paquibraquimelia): tal ocurría en un caso que presenté con M. Lonjumeau, a la "Société médicale des Hôpitaux".

De todo lo cual se desprende que al diagnosticar la causa de diferentes afecciones, particularmente de los miembros inferiores de origen indeterminado, hay que contar siempre con la posibilidad de la existencia de una espina bífida oculta, idea que nos permitirá en ciertos casos reconocer la causa de las mismas y acudir a una terapéutica apropiada, cosa que representa un progreso del mayor interés en la práctica de la medicina interna y quirúrgica.

Sesión del día 2 de abril de 1928

PRESIDENCIA DEL DR. PI SUÑER

Solemne Sesión pública en celebración del Centenario del Dr. Francisco Salvá Campillo.

ELOGIO HISTÓRICO DEL DR. SALVÁ

DISCURSO DEL DR. JAIME GUERRA ESTAPE

Una petición, difícil de rehuir, representada por un acuerdo unánime de mis queridos compañeros, justifica mi presencia en este sitio, cátedra excelsa, que sirvió, desde hace ya más de ciento cincuenta años, a beneméritos patricios, sabios maestros y eruditos profesores, cuya memoria es fuente inagotable de afectuosos recuerdos, que tanto placen a nuestros corazones, y cuya fama, imperecedera, durará mientras viva la Historia.

Pidiéronme, mis estimadísimos amigos y compañeros, que en nombre de esta Real Academia hiciese, aquí, esta noche, un panegírico de nuestro antecesor el doctor don Francisco Salvá y Campillo, con motivo del centenario de su muerte, cumplido en 13 del próximo pasado mes de febrero (1).

(1) Falleció el día 13 de Febrero de 1828, a los 76 años y 7 meses de su edad.—(FELIX JANER, página 62).

La Academia; tomado el acuerdo de celebrar la fecha indicada, siguiendo la tradición de honrar a sus miembros predilectos, quiso dar a este acto toda la solemnidad posible para ponerse de acuerdo con sus sentimientos y los noble anhelos de que se halla poseída cuando se siente impresionada por un hecho, pretérito o presente, que la emociona por su grandeza.

Cuando seguimos con interés los progresos de la Ciencia y procuramos estar al corriente de los adelantos en sus ramas, para nosotros predilectas, no queremos dejar en el olvido cuanto hicieron nuestros antecesores, para allanar el camino que, más tarde, habíamos de seguir. Sería mucha ingratitud la nuestra, si no aprovecharíamos las ocasiones oportunas para tributar un afectuoso recuerdo y refrescar, con cariñoso respeto, la memoria de los que nos precedieron. Y de que esta Real Corporación no quiere pecar de ingrata, lo prueba, además de muchos actos bien recientes, la solemnidad con que celebró, hace muy cerca de ocho, los ciento cincuenta años transcurridos desde su fundación.

Yo mismo, el más modesto de todos, abundando en la manera de pensar y de sentir de la Academia, publiqué, en mayo de 1920 fecha en que se cumplían los ciento cincuenta años) en el *Diario de Barcelona* cuatro artículos laudatorios de los fundadores de esta Casa, tomando los datos en los mismos manuscritos originales que ellos me legaron. Escribí aquellos artículos con gozo inefable, porque, cuando el cronista toma la misión de ennoblecer, merecidamente, la eminente personalidad de distinguidos profesores que, además de una estela gloriosa, dejaron el dulce recuerdo de un inmenso tesoro de virtudes, al correr veloz la pluma que se agita entre los dedos afanosa de que vea la luz tan justa alabanza, se siente la emoción de que se presta un filial homenaje a la Patria que los vió nacer y a la que ellos tanto honraron. Mas aquellos artículos no llevaban otra responsabilidad que la representada por la modestísima firma que tenían en su pie. Hoy, como ya tuve el honor de decirlos en la sesión en la que recibí vuestro encargo, siento en mi persona grandísima parvedad, aumentada por la gran figura a la que todos queremos glorificar, por el lustre de nuestra queridísima Academia y por hallarme acuciado por la brevedad del tiempo que se me ha concedido.

Siendo la Historia la "narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas memorables" (1) es preciso consultar todos los datos suficientes para que el relato de los acontecimientos pasado sea un reflejo exacto del hecho histórico que se trata de reproducir.

Para escribir, con la mayor exactitud posible, todo lo más notable referente a nuestro excelente antecesor; procuraré consultar los Archivos de nuestra Casa y las publicaciones que han visto la luz, con riqueza de manuscritos del doctor Salvá, aquellos y con exuberancia de noticias las diferentes bibliografías publicadas hasta la fecha.

Cuando había comenzado la redacción de un panegírico muy justo y bien fundamentado, poniendo de relieve todo el grandísimo valor de nuestro antecesor, no encontré en nuestra biblioteca el "Elogio histórico del doctor don Francisco Salvá, leído en la Real Academia de Medicina y Cirugía de esta Ciudad por el doctor don Félix Janer, su socio numerario en 1832", ni me fué posible poseer ningún ejemplar del trabajo del doctor Janer. Sólo en la Real Academia de Ciencias y Artes tuve ocasión de poner en mis manos un ejemplar, bien conservado, del bonito trabajo del discípulo y amigo del doctor Salvá, y se me ocurrió daros esta noche una reproducción del discurso del doctor don Félix Janer, que además de haber sido escrito por persona de tan eminentes condiciones, reúne las grandes condiciones de ser redactado por una excelente inteligencia, un cariñoso corazón dedicado al maestro y gran afecto al maestro a quien el doctor Janer le siguió en la cátedra de clínica médica. Además, todos los académicos de aquella fecha oyeron y vieron con aplauso la publicación del *Elogio histórico*, redactado por el doctor Janer. Así es como yo he considerado que, de ninguna manera, me sería posible dar un elogio histórico más exacto que el de nuestro antecesor y además vosotros podréis tener reproducido un trabajo tan valioso que recibiríais con afecto y aplauso, siempre con una seguridad que podréis compulsar con los datos que poseemos dentro de esta misma Academia.

Por mi parte, os ofrezco, mis estimados compañeros, las páginas que siguen llenas de tan dulces recuerdos, y quedará fidelamente conservadas, en los tiempos sucesivos, en sitio bien elegido y con cariño bien guardadas.

(1) Diccionario de la Academia Española.

ELOGIO HISTÓRICO
DEL
DR. D. FRANCISCO SALVÁ

Médico Honorario de la Real Cámara, primer Catedrático del Real Estudio Clínico de Barcelona, etc.

LEIDO A LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGIA DE BARCELONA

POR EL

DR. D. FÉLIX JANER

su socio-numerario y publicado de acuerdo de la misma Academia.

Barcelona. Imprenta de Joaquín Verdagué, calle del Gobernador. — 1832 — *Con licencia.*

En este templo de Esculapio consagrado a la salud del pueblo (1), en este santuario de la Medicina ocupado por insignes varones que la cultivan con el mayor celo y esmero, aquí es donde va a resonar mi débil voz para celebrar las virtudes y hechos de un sabio profesor que hizo resonar tantas veces la suya con general aplauso en este mismo recinto, y dedicó toda su vida al bien y alivio de la humanidad y al honor y progresos de la ciencia. Aunque mi voz es la de un discípulo muy apasionado y reconocido que se complacerá sobremanera en elogiar a su verdadero maestro a quien al mismo tiempo aprecia como a su verdadero amigo, la veneración, el afecto y la gratitud no le harán faltar a la verdad en las alabanzas tributadas al mérito de un varón candoroso, que nunca faltó a ella, y presentó siempre entre sus excelentes prendas la más escrupulosa veracidad. Mi elogio no sólo será verdadero, sino también sencillo, cual corresponde a un sabio cuyo corazón no conoció la doblez y cuya probidad fué igual a su sabiduría. Afortunadamente, este sabio presta tan abundante materia a la pluma de su elogiador, que la relación sencilla de sus méritos y trabajos bastará para elogiarlos del modo competente.

El doctor don Francisco Salvá y Campillo nació en la ciudad de Barcelona el 12 de julio de 1751. Su padre, don Gerónimo Salvá y Pontich, fué también doctor en Medicina y médico del Hospital general de la misma ciudad, y procedía de una familia muy antigua del Ampurdán, propietaria de Mollet, cerca de Pereladá, que por las ocurrencias de la guerra de sucesión pasó a vecindarse en Villabertrán, donde nació don Gerónimo, siendo sus ascendientes distinguidos en la clase de labradores propietarios. Su madre, doña Eulalia Campillo, procedía de la familia de este último apellido, que de siglos residía en Barcelona con bienes propios, y también por las guerras de sucesión se había trasladado a la ciudad de Mataró, donde nació ella, siendo su padre profesor de farmacia.

Desde su misma infancia manifestó Salvá una particular afición a los libros, que formaban ya entonces y siguieron formando siempre, su diversión favorita, y apenas había cumplido la edad de seis años, fué colocado por sus padres, deseosos de aprovechar las buenas disposiciones de su hijo, bien que único, en el Colegio Episcopal de Barcelona, donde permaneció por espacio de nueve años. Allí estudió la gramática, la retórica, y poética y la filosofía con tanto fruto y lucimiento que mereció se le confiara la oración pública de gramática a los nueve años, la de retórica y poesía (2) a los doce, y la defensa de las conclusiones generales de filosofía a los diez y siete, cuyos actos públicos desempeñó con mucha distinción y aplauso.

Por su buen natural, juicioso comportamiento y singular aplicación, era el joven Salvá muy

(1) La Real Academia de Medicina práctica de Barcelona, refundida y ampliada ahora en la de Medicina y Cirugía, tenía por empresa el templo de Esculapio con el emblema *Saluti populi sacrum*.

(2) Esta oración latina tenía un título acomodado a la ciencia que debía profesar con el tiempo el jovencito Salvá: *Theriaca morbis omnibus et venenis pellenis praesentissima Divi Thomae Doctrina*; era en versos hexámetros y fué pronunciada el 28 de Octubre de 1764.

apreciado de sus superiores, y particularmente de sus tíos maternos los doctores Francisco, José y Antonio Campillo, todos presbíteros, en especial de este último que por su ciencia y aptitud logró desempeñar la Notaría de la Curia eclesiástica de Barcelona por una larga serie de años, mereciendo muy particularmente la confianza del señor Obispo y de otros prelados, con quienes estaba en correspondencia, y es además bien conocido por su erudita y útil obra *Disquisitio methodi consignandi annos aerae Christianae*. Era entonces dignísimo Obispo de Barcelona el Ilustrísimo señor don José Climent, quien en vista del talento y aplicación del joven Salvá, como de su inclinación a la Medicina, aconsejó con eficacia a dicho su tío y padres que lo enviasen a estudiarla a la universidad de Valencia. Esta famosa y sabia escuela ha disfrutado siempre de justa reputación, particularmente por la enseñanza de la Medicina, la que en efecto cursó en ella Salvá por espacio de tres años, con la aplicación y provecho que se necesitaban para sujetarse al examen del claustro pleno de la facultad médica de la Universidad de Huesca, a donde fué a tomar sus grados, logrando la aprobación de todos sus examinadores. Obtuvo con dicho examen en 1771 el grado de Bachiller en Medicina, tanto mas honorífico, cuando sólo a los discípulos más sobresalientes se concedía con tres años de curso en lugar de los cuatro que generalmente se exigían. firmó luego de oposición, a una cátedra vacante de la misma facultad e hizo con lucimiento todos los ejercicios acostumbrados, fué a tomar el grado de doctor a la Universidad de Tolosa en el mismo año, y volviendo a la de Huesca, y sujetándose nuevamente a examen, incorporó en ella su doctorado y lo recibió con todos los títulos y una entera aprobación.

Cuando Salvá estudió en la Universidad de Valencia, la Medicina se enseñaba en ella por las obras elementales de nuestro insigne español Piquer, que las compuso para el uso de la misma Universidad. Salvá se preció siempre de discípulo de Piquer, cuyas doctrinas tenía muy presentes, no pudiendo dudarse que el estudio atento y reflexivo de las excelentes obras de este autor contribuyó mucho a formar el talento médico de Salvá, particularmente señalado, como el de su maestro, por un juicio muy recto y muy sólido que sobresalía entre las demás facultades de su entendimiento, aunque no dejaban estas de ser también eminentes.

Colocado ya en Barcelona, empezó Salvá a dedicarse a la práctica de la Medicina, no perdiendo ocasión alguna de ejercitarse en ella y consagrando con incesante afán y extraordinaria afición todo el tiempo posible al estudio. Desde luego, no perdonó gasto alguno para adquirir las mejores obras de la facultad, que se fué procurando continuamente hasta los últimos años de su vida, y luego de adquiridas no dejaba de leerlas con toda prontitud, aunque siempre con la mayor atención y provecho. Ya tomando notas, ya haciendo extractos, fué poco a poco formándose aquel inmenso caudal de erudición médica que realmente llegó a poseer, y con que se hizo siempre admirar de cuantos le trataron y oyeron, ya en la Academia, ya fuera de ella.

Al empezar Salvá su carrera práctica había acabado de salir a luz la gran obra de los Comentarios de Van-Swieten a los aforismos de su maestro Boerhaave, y en una época en que la doctrina de este célebre profesor había cundido por toda Europa y se apreciaba también mucho en España, no podían menos que recibirse con gran aplauso los mencionados Comentarios llenos de la más vasta y escogida erudición en el interesantísimo ramo de la Medicina práctica y escritas con un singular juicio, una admirable claridad y un estilo muy puro e interesante. Leyó luego nuestro joven Salvá esta preciosa obra y se dedicó con la mayor afición y empeño a extractarla y compendiarla, de manera que existen todavía en la Biblioteca legada por él al Real estudio clínico de esta ciudad dos tomos en cuarto grande muy abultados y de letra muy pequeña como era la de Salvá, con el título de *Compendio* de los Comentarios de Van-Swieten a los aforismos de Boerhaave sobre el conocimiento y curación de las enfermedades.

Peró Salvá no tardó mucho a comunicar al público el fruto de sus estudios y tareas, y uno de los primeros trabajos en Medicina que emprendió y publicó fué sobre la inoculación de las viruelas. Esta llamaba entonces la atención de todos los médicos de Europa que con innumerables escritos trataban de confirmar su utilidad o bien combatirla. Uno de los más esclarecidos médicos de aquel tiempo, Antonio de Haen, que ocupa un lugar muy distinguido en los faustos de la medicina práctica, escribió con la mayor energía contra la inoculación; y aunque el célebre Tissot y otros la defendieron y justificaron, los ánimos estaban aún divididos sobre su mérito y utilidad en nuestro país, donde esta nueva práctica recientemente introducida no dejaba de encontrar las consiguientes dudas y obstáculos en el pueblo y aun entre muchos facultativos. Salvá, que tuvo la gloria de ser uno de los primeros inoculadores entre nosotros, publicó entonces (en 1777) su *Proceso*

de la inoculación, presentado al tribunal de los sabios, para que lo juzguen, en el que resuelve con erudición y acierto catorce cuestiones relativas a la inoculación de las viruelas, y rebate con esfuerzo y puntualidad las objeciones del insigne Haen.

En el prólogo de dicho *Proceso* ofreció Salvá que para instruir enteramente a los facultativos en esta materia, traduciría los escritos publicados por Haen contra la inoculación, indicando al pie de la traducción de los párrafos del *Proceso* que le responden y satisfaciendo a los argumentos que había dejado intactos. Empezó a cumplir su palabra traduciendo en el mismo año del 77 el primer escrito en su *Respuesta a la primera pieza que publicó contra la inoculación Antonio de Haen, médico de Su Majestad Imperial*. A esta respués añadió dos disertaciones, la una *Sobre el influjo del clima en la variación de enfermedades y remedios*, y la otra *Sobre los saludables efectos de las frutas*. Ambas son excelentes e ilustran bien el asunto sobre que versan. En la primera manifiesta el modo de influir el diverso clima en las enfermedades y su curación, establece la utilidad de los mismos métodos curativos más o menos modificados en los diversos climas, expone cómo ha de entenderse el famoso *Romae scribo et in aëre Romano* del ilustre Baglivio, aun con doctrina de este autor e impugna la perjudicial máxima de que las mismas enfermedades se han de curar con diferentes remedios y métodos en los diferentes países. En la segunda disertación demuestra el saludable uso de las frutas hasta en varias enfermedades y combate las muchas preocupaciones que han reinado contra las mismas.

Algunos años después (en 1785), publicó Salvá una *Carta sobre la inoculación de las viruelas al Licenciado don Vicente Ferrer Gorraiz, Presbítero, Ex-profesor público de filosofía y teología de las Universidades de Toledo, Alcalá y Valladolid, Historiador por el Rey de su Real gabinete de Historia Natural, etc.*, quien en un *Dictámen sobre el proceso de la inoculación* había escrito contra la misma. Publicó, además, anónima, otra *Carta de don Gil Blas a don Blas Gil sobre la memoria publicada contra la inoculación por el doctor don Jaime Menós*, en que defiende la causa de ésta con igual energía. Últimamente discutió la *Cuestión moral: ¿Es lícito dejar de inocular las viruelas?* en los diarios de Madrid del 4 al 9 de diciembre de 1798.

Nada más publicó Salvá sobre la inoculación de las viruelas, aunque en el prólogo de su *Proceso* decía, que hacía años que tenía traducido el Tratado práctico de la inoculación, de Gándoger, y en el de su *Respuesta* prometía publicar el otro tratado práctico de la misma, que se halla aún entre sus manuscritos, pero que dejó de publicar por haber entretanto salido a luz la *Práctica moderna de la inoculación*, de don Timóteo O-Scanlan, según dice Salvá, en una carta escrita al mismo O-Scanlan y publicada en la expresada obra.

Así como Salvá fué uno de los primeros inoculadores entre nosotros y defendió enérgicamente la inoculación, como se ha dicho, no dejó tampoco de ser de los primeros que vacunaron y sostuvo con eficacia, de palabra y por escrito, la saludable práctica de la vacuna, luego que el inmortal Jenner hubo publicado su descubrimiento. El doctor Juan Puig, médico de Fornells, publicó en 1803 una carta de Salvá en respuesta a otra del doctor José Antonio Xirau, médico de Perelada, con el título de *Aviso importante sobre los casos extraordinarios de viruelas legítimas, sobrevenidas mucho tiempo después de la vaccina verdadera, y tentativas para precaverlos, con otras reflexiones dirigidas a perfeccionar la práctica de la vacuna*. En este *Aviso* o *Carta* tocó Salvá varias cuestiones que después se han discutido con más o menos empeño por diferentes escritores y las resolvió o dejó en estado de duda con aquel conocimiento y circunspección que requería el asunto y que eran tan propios de su juicio y carácter.

Salvá tomó también parte en la ruidosa disputa que duró por algunos años entre los facultativos españoles sobre las ventajas o daños de los medicamentos antimoniales y opiata febrífuga, que puso tanto en boga para curar las calenturas pútridas entonces reinante, el doctor don José Masdevall, médico de Cámara de Su Majestad. Se publicaron muchos escritos en pro y en contra de dichos remedios, de los que hablaron algunos con sobrado entusiasmo y otros con excesivo desprecio. Poseía Salvá todos los conocimientos y tino que se necesitaban para no dejarse conducir al uno ni al otro extremo, al paso que era un sujeto cuyo juicio no era capaz de torcerse en manera alguna por la opinión y el favor de Masdevall, colocado en tan alto destino. Deseoso de presentar la cuestión en su verdadero punto de vista, conciliar los ánimos de los partidos opuestos y remediar los daños que habían de provenir y realmente provenían del entusiasmo con que muchos médicos adoptaban y aplaudían con desmedidos elogios el método del señor Masdevall, pensó Salvá publicar una *Carta* dirigida al mismo sobre el uso de los antimoniales en las fiebres

pútridas, que después prefirió leer en las sesiones de la Academia médico-práctica y aún existe manuscrita. Esta carta escrita según las ideas y conocimientos de aquella época, pero que siempre manifiesta el autor práctico, juicioso y despreocupado que la escribió, expone muy bien los efectos que podían esperarse y dejarse de esperar del uso de los antimoniales, entonces tan famosos, para curar las calenturas llamadas pútridas. Cinco años después (en 1790), publicó una *Respuesta en tres cantos al papel intitulado Naturaleza y utilidad de los antimoniales, compuesto por el doctor don Ambrosio Jiménez y Lorite*, médico sevillano, en cuya respuesta Salvá examina la composición de la mixtura antimonial y opiata antifebril de Masdevall, discute la preferencia que merecen o dejan de merecer sobre otras preparaciones y las reduce a su justo valor con mucha doctrina, moderación e imparcialidad. "En todo el escrito, dicen los sabios editores del Memorial literato de Madrid después de dar noticia de él y de analizarlo, reina aquella urbanidad que debería haber en todas las obras polémicas".

Salvá escribió también algunas memorias para explicar y resolver programas propuestos por la célebre Real Sociedad de Medicina de París, que tanto brilló hasta la revolución francesa, que la destruyó del mismo modo que a la ilustre Academia de Cirugía de aquella capital; y con sus memorias ganó los premios o mereció una mención honorífica. Así primeramente ganó el premio de una medalla de oro de 150 libras en 1788 con una memoria *sobre el modo de enriar el cáñamo y el lino sin perjuicio de la salud pública* con tanto honor nuestro, como dice el ilustrísimo señor Valdés, llamándola excelente, y añadiendo que "es en verdad una pieza gallarda, muy digna de imprimirse y que acredita sus grandes conocimientos, sus perennés observaciones, sus discretas experiencias, y su celo activo en favor de la felicidad común, sin que estas laboriosas y provechosísimas investigaciones le hayan estorbado para hacer progresos singulares en los asuntos médicos". La Sociedad, al conceder el primer premio a Salvá, publicó que ningún punto esencial del programa se había olvidado en su trabajo muy extenso, que da razón de todos los modos de cocer el cáñamo usados en las diferentes provincias de España, exponiendo muy circunstanciadamente el modo de curar el cáñamo casi a secas en la tierra según una idea de su invención. La Real Sociedad Económica de Aragón, deseando poseer esta memoria y aprovecharse de sus laudables consejos, se dirigió a la Sociedad de Medicina de París pidiéndole una copia de ella, que no dejó de concederle luego esta tan benéfica como sabia corporación.

La misma Sociedad, para adquirir todas las luces posibles sobre el embalsado de los cáñamos y los perjuicios que podía causar a la salud de los hombres, propuso nuevos premios para las mejores memorias que se remitiesen sobre el mismo asunto. Salvá remitió una en forma de suplemento a la suya anterior, diciendo expresamente que su intención no era participar un segundo premio. Por esto la Sociedad no trató de adjudicárselo en 1790, cuando distribuyó los premios; pero no dejó de publicar que "había quedado muy satisfecha de este nuevo trabajo de Salvá, y en atención a haber renunciado el autor al nuevo premio pendiente sobre el asunto, había resuelto darle un testimonio público de su agradecimiento".

También ganó Salvá el premio en 1790 con su memoria latina sobre la siguiente cuestión que la misma Sociedad Parisiense había propuesto por asunto de un premio de valor de 600 libras fundado por el Rey de Francia: "Señalar los inconvenientes y las ventajas del uso de los purgantes y del aire fresco en los diferentes períodos de las viruelas inoculadas, y hasta qué punto el resultado de las referidas investigaciones, hechas sobre estas, puede aplicarse a la curación de las naturales". La Sociedad, al adjudicarle el premio, dijo que el autor había penetrado bien el espíritu del programa y tratado el asunto con método y sagacidad. Esta memoria, que se publicó en español entre las de la Academia (I) Médico-Práctica de Barcelona, manifestará fácilmente a cualquiera la exactitud del juicio de la Sociedad de París, dejando apenas nada que desear sobre la

(1) *Dictamen de la Sociedad Real de Medicina de París sobre la memoria antecedente, publicado en su junta pública de 23 de Febrero de 1790.*—Esta junta pública le 26 de Agosto de 1788, la Sociedad Real de Medicina había propuesto por asunto de un premio de valor 600 libras, prendado por el Rey la cuestión siguiente:

"Señalar los inconvenientes y las ventajas del uso de los purgantes, y del aire fresco de los diferentes períodos de las viruelas inoculadas, y hasta qué punto el resultado de las referidas investigaciones hechas sobre estos puede aplicarse a la curación de los naturales".

Este premio se ha adjudicado al Doctor D. Francisco Salvá y Campillo, correspondiente de la Sociedad de Barcelona, autor de una Memoria Latina, enviada con este epigrafe: *Interdum Sydanhami, interdum Mortori convenire potest methodus, Huxam de Variolis.*

El autor penetró bien el espíritu del programa, y trató el asunto con método y sagacidad.

El *accèsit* se ha acordado a Mr. Mazon Dezvergues, Médico de Eyaux de Cambraille y autor de una Memoria que lleva por epigrafe: *At vereor, ne hic ipse morbi conspectus nobis imponat, etc.* Stoll.

Esta memoria es muy erudita, y está llena de investigaciones; pero el autor más bien ha dado un tratado general de las viruelas, que no ha propuesto reglas para la práctica sobre las dos cuestiones del programa.—(Nota de Guerra Estapé).

materia. Como Salvá no concurría a los premios movido de interés alguno, sino solamente con vivos deseos del bien de la humanidad y progresos de la medicina, al recibir la noticia del premio, comunicada por el secretario de la Sociedad, que era el célebre Vicq d'Azyr, le contestó que se contentaba con una medalla de sólo doscientas libras para conservarla en su poder y de su familia como un monumento eterno al honor que acababa de hacerle la Sociedad, y suplicaba a ésta que retuviese las restantes cuatrocientas y las aplicase al premio de un nuevo programa sobre un asunto útil de medicina. Con igual generosidad y desprendimiento había Salvá remitido a la Sociedad las 150 libras que valía la medalla del premio anterior, para adjudicarlas a un nuevo premio.

Finalmente, en 1792, una Memoria de Salvá fué la única que mereció una mención honorífica sobre el siguiente programa propuesto por la misma Sociedad Médica de París: "¿Hay alguna analogía entre el escorbuto y las calenturas de las cárceles de Pringle, las lentas nerviosas de Huxham, o las de los navios descritas por otros autores? ¿Y de qué utilidad puede ser esta investigación para curar estas diferentes especies de enfermedades?" La Sociedad definió la adjudicación del premio para el año siguiente, repitiendo el mismo programa, y Salvá añadió a su memoria todo lo que creyó conveniente para acabar de satisfacer a los deseos de la Sociedad y aun manifestarle que no había dejado de satisfacerlos anteriormente; pero pocos días antes de la sesión en que había de publicar su juicio, la Sociedad fué disuelta. Guardó Salvá su memoria para el tiempo en que aquélla se reorganizase, pero habiendo sabido en 1794 que en nuestro ejército del Rosellón hacía estragos una terrible epidemia de calenturas; juzgó que podía ser útil la publicación de su memoria que, en efecto, salió con el modesto título *De analogiâ inter scorbutum et quasdam febres tentamen*. Está dividida en dos partes esta memoria, manifestando en la primera la analogía que existe entre el escorbuto y las calenturas tifoideas. En la segunda expone las ventajas que pueden resultar de la consideración de dicha analogía para la curación de aquellas enfermedades, valiéndose el autor de muchas razones y argumentos para probar dichas ventajas y particularmente de varios experimentos hechos con los zumos de las plantas tetradinámicas, que prescribió con utilidad en las calenturas pútridas. El doctor don Bartolomé Piñera, primer médico que fué de la Real Cámara, y bien conocido en España por sus escritos, en su traducción de la *Materia Médica* de Cullen, celebra "la previsión práctica, el tino médico y la profunda meditación de Salvá, que sin haber visto dicha obra, le hicieron encontrar lo que la sagacidad de Cullen había hallado", es decir, el modo de obrar las plantas silíceas por medio de su principio volátil y estimulante. Pero debe decirse a favor de Salvá que si Cullen explicó por la acción de este principio el efecto ventajoso de aquellas plantas en el escorbuto, Salvá lo hizo no sólo en el escorbuto, sino también en las calenturas pútridas, como hemos visto.

El conocimiento y curación de estas calenturas habían ocupado particularmente la atención de Salvá desde los primeros años de su práctica, como lo hubiera manifestado, si hubiese visto la luz pública una obrita que había escrito con el título de *Conjeturas sobre la causa y pronta curación de las fiebres pútridas, sujetadas al examen de los médicos*, con este epígrafe de Séneca: *Nunquam inveniatur, si contenti fuerimus inventis*. En esta obra se ocupaba especialmente el autor en exponer con alguna extensión los medios más oportunos para cortar o abreviar las expresadas calenturas y curarlas por lo tanto con la mayor prontitud posible.

En 1779 había Salvá publicado también una *Carta a un amigo sobre el éxtasis de la decantada mujer del Lugar de Llerona*, en la que, después de hacer la historia de la enfermedad, pone varias reflexiones eruditas y juiciosas sobre el singular sopor de una mujer que vivió cerca de dos meses sin tomar ningún alimento ni bebida.

Siempre laborioso y deseando el bien público con el mayor anhelo, Salvá había también escrito un *Aviso al pueblo sobre las sangrías y purgas de precaución*, con este epígrafe de Boerhaave: *Nec curandum quid ignari, sed quid dictet sapientia*. Dejó de imprimirse esta obrita, sin duda útil por las advertencias hechas sobre el uso de unos remedios que entonces eran tan de moda y solían causar muchos daños.

Salvá tampoco desdeñó entre sus graves tareas el difícil y penoso empleo de traductor, dedicándose a traducir algunas obras que juzgó útiles al público y tradujo con aquella detención y miramiento que ponía en todos sus trabajos. Así no tardó a traducir el *Manual para el servicio de los enfermos, o resumen de los conocimientos necesarios a las personas encargadas de ellos*, escrito en francés por el esclarecido Carrère, obrita que, aun es muy útil en nuestros días y que puede servir mucho, no sólo a los enfermeros, sino también a los que ejercen la cirugía menor y han

de prestar unos servicios minuciosos y subalternos a los enfermos. En el prólogo de esta obra Salvá, como tan amante de las glorias de su patria, no dejó de manifestar que, ya mucho más de un siglo antes que los franceses, poseíamos una buena *Instrucción de enfermeros y método de aplicar los remedios*, compuesta por los Hijos de la Congregación del Venerable Padre Bernardino Obregon, y de consiguiente que "este asunto de instruir a los enfermeros no estaba ya en el siglo anterior tan olvidado entre nosotros, como se hallaba en Francia en 1786, pues confesaban en dicho año los Comisionados de la Real Sociedad de Medicina de París, censores de la obra de Carrère, que faltaba a los franceses una de esta especie. Notó también Salvá en honor nuestro que "el libro de los Hermanos Obregones sirve para demostrar el modo como se pensaba generalmente en España sobre la limpieza y muda de ropa en los enfermos, por lo menos desde mediados del siglo décimoséptimo. Verdaderamente, es de admirar, añade, que cuando se escandalizaban en Inglaterra y en otras partes de que a un enfermo de viruelas se le mudase la camisa y la ropa ya entonces debía ser eso tan común entre nuestros ascendientes, que hasta en un libro compuesto por un enfermero, como era el Hermano Andrés Fernández, autor de la Instrucción mencionada antes y publicada en nombre de sus Hermanos, se lee: "que debe mudarse la camisa, porque estando cargada de vapores nocivos para un sano, pueden serlo también para un enfermo."

Tradujo del francés el *Discurso sobre la salud de los literatos*, del célebre Tissot, que no publicó, pero que existe manuscrito, como también la obra del mismo autor *Sobre la epidemia de calenturas biliosas de Lausana en Suiza*, para la cual había escrito Salvá un discurso preliminar *sobre la naturaleza de las epidemias*, en que exponía las ideas de Sydenham, Boerhaave y Van-Swieten sobre las mismas, haciendo muchas advertencias tan útiles como sabias, tanto más dignas de hacerse cuanto corrigen o modifican en parte la doctrina comunmente recibida de aquellos célebres prácticos y precediendo de algún tiempo a Rasori y otros modernos, que han hecho algunas advertencias semejantes.

Tradujo igualmente del inglés el *Tratado sobre el modo de precaver las enfermedades de los caballos*, por Mr. Clark, alféitar de Su Majestad Británica, pero esta obra quedó también sin imprimir, aunque había ya obtenido Real permiso para su impresión. Finalmente había traducido las *Memorias químicas*, de Mr. Struve *sobre el análisis de las aguas minerales*, cuya obra fue revisada por la Real Academia de Medicina de Madrid, juzgándola digna de publicarse, bien que tampoco se publicó.

Un profesor como Salvá, que desde sus primeros pasos en la carrera médica daba unas muestras tan señaladas de talento, aplicación y estudio y descubría la más viva afición a la noble y benéfica ciencia que profesaba, no podía tardar a pertenecer a la Real Academia de Medicina práctica de esta ciudad, que con el mayor celo y esmero se dedicaba a las varias tareas propias de su instituto, ni podía esta sabia corporación dejar de llamarlo prontamente a su seno, como en efecto lo llamó ya en 1773. Es indudable que Salvá ha sido uno de los socios que le han hecho más honor y que le han acarreado más ventajas, siendo igualmente cierto que la misma Academia fue el teatro principal de sus trabajos médicos y aún de sus glorias literarias. Por espacio de cerca sesenta años asistió con la más ejemplar asiduidad a las sesiones de la Academia, tomó una parte activa en todos sus trabajos y promovió siempre con indecible calor sus adelantamientos e intereses, habiendo obtenido y desempeñado todos los empleos de la Academia, especialmente el de Secretario, ya segundo, ya primero, por espacio de muchos años. En el mismo de 1796, la Academia, según dice la misma en su historia puesta al principio del tomo primero de sus Memorias, juzgó necesario hacer presentes al Soberano los medios de consolidarla más y asegurar la continuación de sus trabajos aún con mayor utilidad, y a este fin, en consideración del mérito, instrucción y relevantes prendas de Salvá, lo escogió para que pasase a la Corte con esta comisión. La Academia comenzó luego a experimentar los buenos efectos de las representaciones que su comisionado había llevado a los pies del Soberano, pues Salvá no omitiendo diligencia alguna para procurar el bien y honor de la Academia le alcanzó señaladas gracias y distinciones, como fueron la inspección de epidemias del principado de Cataluña, con la asignación anual de veinte mil reales pagados de los propios y arbitrios del mismo principado, la impresión, por cuenta de Su Majestad, en la Real Imprenta, de las Memorias de la Academia, los honores de médico de la Real Cámara al socio residente más antiguo y los de médicos de la Real Familia a los demás socios de la misma clase que hubiesen cumplido ocho años de antigüedad académica, el establecimiento en Barcelona de una Cátedra de Medicina práctica bajo la dirección de la Academia

y la Real aprobación de unas Adiciones a los Estatutos que, como muy interesantes, la Academia solicitaba algún tiempo hacía. La misma, en su historia impresa al principio del primer tomo de sus Memorias, declaró con entera publicidad que Salvá, "tanto en su empleo de Secretario, como en otros encargos particulares, y con especialidad en la comisión con que pasó a Madrid de orden de la Sociedad, se había portado siempre a satisfacción completa de ella, como podía deducirse de las gracias que había obtenido de Su Majestad".

Tres años permaneció Salvá en Madrid, y durante esta larga mansión en aquella Corte, gozó de mucha consideración, aún con los primeros personajes. Si *principibus placuisse viris non ultima laus est*, como decía Horacio, puede tributarse esta alabanza a Salvá, que asistió con frecuencia al cuarto del Serenísimo Señor Infante Don Antonio, tuvo particular valimiento con los señores Ministros de aquélla época y estrechó una gran amistad con los facultativos, no sólo de Cámara, sino también otros y aún con los sujetos de mayor sabiduría y reputación en otros ramos y facultades. Sus talentos y méritos, sus escritos ya publicados, una curación brillante de un enfermo muy distinguido por su empleo y relaciones, su trato y modales, su singular honradez, le conciliaron la benevolencia, el favor o la amistad de todos los que le trataron más o menos detenidamente, haciéndose la benevolencia, el favor o la amistad tanto mayores, decididos y asegurados, cuanto se notaba fácilmente que Salvá, sobremanera diligente y activo de otra parte, con su diligencia y actividad, con toda la consideración de que disfrutaba, nada pretendía para sí, y con el mayor desinterés solamente deseaba y solicitaba el bien y honor de su Academia y de la facultad entera. Así es que con raro ejemplo se le vió visitar a don Mariano Martínez de Galinsoga, médico de Cámara en el tiempo de su desgracia con la misma frecuencia con que le había visitado en el de su valimiento y prosperidad. Así logró no excitar la envidia y pudo tratar con igual aprecio de todos a muchos sujetos muy diferentes por sus opiniones e intereses.

Habiendo regresado a Barcelona, mereció luego el más ventajoso concepto de sus compatriotas y adquirió el renombre de gran práctico de tal modo, que por espacio de algunos años fue el médico más buscado, no habiendo apenas enfermo de alguna distinción o de mucha gravedad que no reclamase sus auxilios. Los señores Obispos y Capitanes generales, las personas más señaladas por sus empleos o con cualquiera título de honor o de riqueza, se apresuraron a nombrarlo su médico con singular veneración y aplauso, tratándolo al mismo tiempo con una franca y estrecha amistad. Para comprobación, sólo citaremos lo que dijo el sabio Obispo de Barcelona don Pedro Díaz de Valdés, en uno de sus *Tratados sobre la física del Clero y otros puntos útiles y provechosos de las ciencias naturales*, reimpresos en Barcelona en 1806, donde, después de haber llamado al doctor Salvá amigo suyo, médico muy aplicado y docto, añadía que "si no era el Príncipe de los médicos, merecía bien a su entender ser el médico de los Príncipes".

Salvá logró del Gobierno, como se ha dicho, que a sus expensas se imprimiesen en la imprenta Real las Memorias de la Academia médico-práctica, habiéndose impreso solamente un tomo en 1798, y entre ellas existen dos excelentes de Salvá. La una es la premiada por la Real Sociedad de Medicina de París *Sobre las utilidades y daños de los purgantes y de la ventilación en las viruelas*, que por la mucha importancia del asunto publicó la Academia entre sus memorias traducida del latín al español por el mismo autor. La otra memoria es la *Topografía del Real Hospicio de mujeres de Barcelona y epidemias observadas en él en 1787 y 1794*, en la que después de la descripción topográfica de aquél Hospicio refiere Salvá la historia exacta de dos calenturas epidémicas caracterizadas por él de sínocas pútridas, que reinaron entre las mujeres del mismo con sus causas, carácter y método curativo, añadiendo varias reflexiones, tan oportunas como sabias. Entre estas son notables las que versan sobre las recaídas de casi todas las enfermedades que adolecieron de dichas calenturas y las que sirven para probar una opinión de Salvá sobre el contagio de las mismas, opinión según la cual el contagio es extrínseco, digámoslo así, o accidental a todas las calenturas, pudiendo estas ser o dejar de ser contagiosas, según las diferentes circunstancias, opinión que veremos después de haber también extendido Salvá con bastante esfuerzo a la calentura amarilla, y opinión en fin, que ha defendido posteriormente en Francia el sabio médico Castel, como puede verse en el *Diario General de las Ciencias Médicas*, publicado en Barcelona (número 20, mes de agosto de 1829).

Salvá leyó muchas otras Memorias más o menos interesantes a la Academia, como sobre la frecuencia de las muertes repentinas y apoplejias en Barcelona, en una disertación que con su prólogo tenía destinada para la imprenta, sobre las letrinas y albañales, sobre las fumigaciones

clóricas y nítricas y modo de hacerlas más sencillas, seguras y poco costosas, sobre la topografía médica del puerto de esta ciudad, etc.

En medio de sus numerosas tareas, tanto literarias como prácticas fué propuesto Salvá por la Real Academia de Medicina de ésta ciudad para desempeñar la cátedra de Clínica que por su medio había el Gobierno mandado establecer bajo la dirección de la misma Academia. Su Majestad se dignó luego nombrar catedrático a Salvá y la enseñanza clínica tuvo feliz principio el día primero de julio de 1801, empezando una nueva y más gloriosa época a la vida literaria de Salvá, que desde entonces hasta poco antes de su muerte, se dedicó siempre con el mayor ahínco a la enseñanza de la medicina práctica. Abrió el curso primero con un discurso inaugural leído en una sesión académica pública y muy concurrida, e impreso en el primer tomo de sus *Años Clínicos*. En este discurso, después de haber manifestado la utilidad y aún necesidad de la enseñanza clínica, expuso el plan que pensó debía seguirse en la nueva escuela de Barcelona, confiada a su cuidado, y que sin duda era muy propio para formar buenos discípulos. Esta exposición descubría ya el práctico juicioso, que trató siempre mucho más de instruir que de brillar, y nunca perdió de vista la preciosa máxima de Fedro: *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria*. Así, encarga a los clínicos la suma exactitud y verdad en las historias de las enfermedades, la sencillez y franqueza en los pronósticos, el uso de pocos remedios, pero los más seguros y cuya virtud fuere sancionada por una larga experiencia de los mejores prácticos, la gran utilidad de una dieta bien arreglada y la exclusión de peligrosas tentativas con remedios nuevos que dice no deben hacerse ver a los principiantes.

Los siguientes pasajes del mismo discurso bastarán para probar la prudencia y moderación tan dignas de ser imitadas, con que iba a desempeñar su tan delicado como importante destino el nuevo catedrático de Clínica. "Supuesto que es regla sabida, dice, que en toda enseñanza se ha de caminar de lo más fácil a lo más difícil, se empezará, en cuanto sea posible, por las enfermedades más simples y más ligeras y desde ellas se pasará a las más graves y complicadas. Raras veces se harán ver a los alumnos enfermedades peregrinas que muy en tarde ocurren en la práctica, porque la explicación de éstas ocuparía demasiado tiempo, que no sobra, para hacer comprender en dos años lo que necesitan absolutamente saber los alumnos para asistir solos a los enfermos que ofrece diariamente la práctica. Bastará ponerlos a camino, para que sepan los libros que han de consultar en tales casos que, por lo mismo que suelen dar tiempo para ello, siempre les queda el recurso de consultar por escrito o de palabras sus dificultades con algún profesor de más años y mayor instrucción, capaz de explicárselas o de dárselas a conocer, si Morgagni, Lieutaud y otros no les sacan de dudas... Por lo que respecta a la curación de las enfermedades está claro que nuestro oficio es enseñar a los discípulos el manejo de los remedios, con los cuales ha de conseguirse aquélla. Pero si ha de hablarse de un crecido número de ellos, no podrá en el corto espacio de dos años enseñárseles a manejarlos bien y combinarlos oportunamente. Deberán suplírseles las nociones de química que faltarán a muchos, lo que no será posible, si se trata de un número crecido de medicamentos. Al contrario, si sólo se les habla de treinta o cuarenta, será fácil enterarles bien de las ocasiones en que habrán de prescribirse y del modo de mezclarlos, para que se ayuden entre sí y no se destruyan mutuamente sus virtudes en lo que tan a menudo se tropieza... Juzgo, pues, que la regla que ha de seguirse en esta escuela no es hablar a los alumnos sino de los remedios absolutamente necesarios para la curación de las enfermedades regulares, pero enseñarles a hacer uso de estos en todas las circunstancias, esto es, enterarlos completamente de todas aquellas que los exigen y de todas las que se oponen a su prescripción. ¡Cuánto hay escrito solamente sobre el mercurio, el opio, la quina y algunos otros simples que de necesidad han de saber recetar los alumnos para la práctica regular! Un buen general que tiene que echar pronto mano de bisoños o reclutas, no les enseña todo el ejercicio militar, procura habilitarlos en cargar, descargar y hacer las evoluciones más necesarias, y aguarda a que con el tiempo aprendan las demás. La mayor parte de los discípulos de esta escuela, tendrán precisión de ejercer la medicina dentro de dos años, tiempo que sólo es suficiente para enseñarles lo más preciso y esencial cuando quiera enseñárseles bien y de fundamento. Quererles dar razón de muchos remedios será instruirles superficialmente de ellos, sin hacerles saber ninguno del modo que necesitan para ejercer la profesión con acierto. El catedrático lucirá así su erudición, su lectura; pero esta escuela no está hecha para su lucimiento, sino para la instrucción de los discípulos... Los pocos años siempre son animosos, emprendedores y dispuestos a obrar y esto debe precaverse en

una ciencia, en que muy a menudo el mejor remedio es no hacer ninguno, como nos enseñó Hipócrates. Conforme aprendan pocas medicinas, aprenderán a estar quietos, a dejar obrar la naturaleza, que por sí sola vencerá el mal... Ahora, pues, como ceñirse a pocos simples tiene conexión íntima con saber hacer la medicina de expectación, a la que debe inclinarse a los principiantes, de suyo dispuestos a lucir sus recetas, sus luces y sus remedios, o a perturbar la naturaleza, es este otro motivo de hablarles de pocos... No pretendo por esto que deba siempre hacerse la que llaman medicina de contemplación o expectativa. Hay casos que no deben fiarse a la naturaleza que no tiene fuerzas para vencer el mal, y los hay también, en que ha de corregirse; pero esto se consigue mejor con pocas que con muchas medicinas, escogiendo entre éstas las más oportunas y no haciendo el monstruoso hacinamiento de centenares de simples que se hallan en las fórmulas de los siglos de la credulidad".

Leyó también Salvá otros años un discurso inaugural en la apertura del curso clínico, y aun lo leyó en 1804, cuando por orden del Gobierno tuvo como catedrático de Clínica que dar una serie de lecciones sobre las *calenturas pútridas, malignas, contagiosas y pestilenciales*. La terrible fiebre amarilla, que causaba ya los más vivos y justos temores al Gobierno español, había ocasionado aquella orden, y Salvá se apresuró a cumplirla con dicho discurso, que se imprimió por disposición de la Academia y del que volveremos a hablar después.

En la apertura del curso de 1806, leyó un ingenioso y ameno parangón de dos célebres ingleses, cuyos hechos estaban entonces vivamente impresos en la memoria de todos, del almirante Horacio Nelson y del médico Eduardo Jenner, inventor de la vacuna, demostrando cuánto mayor héroe fué éste que aquél, más digno de una inmortal gloria y más útil a la humanidad, cuyas lágrimas hizo Nelson derramar tantas veces con sus tremendas hazañas, al paso que el benéfico y sabio Jenner las enjugó arrebatando millones de víctimas a la muerte, con su preciosísimo descubrimiento. No dejó Salvá en este discurso de insertar brevemente la historia del origen y propagación de la vacuna, y defenderla de los errores y exageraciones, tanto de sus entusiastas como de sus detractores, encargando a los discípulos una justa moderación en el aprecio de los remedios y que tengan siempre presente la prudente máxima de Celso: *Non sunt infamanda remedia quae aliis fuerit praesidio*. Al mismo fin añadió varias notas eruditas e interesantes sobre algunos puntos relativos a la vacuna, que hacen creer que Salvá había destinado este discurso para la impresión que sin embargo no se verificó.

En el año siguiente pronunció y también publicó otro discurso inaugural *sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo*. No puede dudarse que la nomenclatura médica aun hoy día es imperfecta, y lo era particularmente la nomenclatura de la nosología de Sauvages, a la cual de orden superior se arreglaba la escuela clínica de Barcelona. Había entonces el Gobierno nombrado una junta para reformar los estudios médicos, y con este motivo Salvá, animado también por el memorable ejemplo de la nomenclatura química recientemente propuesta por cuatro célebres químicos franceses y tan pronta como generalmente adoptada, concibió el loable proyecto de reformar la nomenclatura de las enfermedades. Expuso este proyecto en dicho discurso, que dividió en dos partes, probando en la primera que, a pesar de los esfuerzos que hizo el célebre Sauvages para corregir la nomenclatura o nombre santiguos de los morbos, cuyos defectos demostró largamente, la dejó demasiado incorrecta para que pueda proseguirse con ella en nuestros tiempos, dice Salvá, en que nos preciamos de exactitud. En la segunda parte propone el plan o base de una nueva nomenclatura, contentándose con sólo bosquejarle, y dejando su entera formación para otros. Ciertamente la nomenclatura de Salvá es más filosófica, más científica, que la de Sauvages, y aun quizá las de otros que han propuesto la suya en estos últimos tiempos; pero no ha sido adoptada, ya por los defectos que son más o menos inherentes a todas las nuevas nomenclaturas, aún hechas con la mayor observancia de las reglas filosóficas y con el mayor rigor lógico, y de los que no podía carecer la nomenclatura de Salvá; ya porque los nombres nuevos, en especial si se sustituyen a los antiguos generalmente recibidos, sólo se admiten con gran dificultad, con lentitud, aunque sean buenos, y por lo común bajo la autoridad de algún autor muy célebre que los haya propuesto o adaptado.

En otro discurso inaugural, que existe manuscrito, Salvá intentó rebatir la acusación hecha por muchos a la medicina práctica de que "no había hecho progresos, a pesar de los adelantamientos de las ciencias auxiliares y preliminares de la parte práctica, no estando más adelantada en nuestros días de lo que lo estaba en los tiempos de Hipócrates". Recorriendo muchas enfermeda-

des, demostró cuanto se había adelantado progresivamente en su conocimiento y perfeccionado sus métodos curativos; y haciendo mención de varios descubrimientos más o menos recientes en las ciencias físicas y médicas, manifestó la útil aplicación que de ellos se había hecho a la medicina práctica.

Pero los trabajos literarios más señalados de Salvá en el exacto desempeño de su cátedra, son los tres *Años Clínicos*, que publicó en diferentes tiempos. En el primero que salió a luz en 1802, hizo la *exposición de la enseñanza adoptada* en el Real Estudio de su cargo, y expuso las *primeras lecciones de medicina clínica*, en que inculcó a los discípulos las máximas y reglas más principales para conocer y distinguir bien las enfermedades, examinar a los enfermos, averiguar los síntomas, tomar debidamente el pulso, y escribir con la mayor exactitud y utilidad las historias de las dolencias, formando una introducción a la práctica de la medicina. Añadió algunas observaciones más o menos interesantes de enfermedades curadas en las salas clínicas, poniendo en seguida varias reflexiones que creyó oportunas para ilustrar las observaciones y con que las había ilustrado al hablar diariamente de los enfremos a sus discípulos.

En su *Segundo Año Clínico*, publicado en 1806, incluyó Salvá algunas observaciones de enfermos que entre sus síntomas presentaron la ictericia, como también las de los que padecieron la enfermedad que reinó en el puerto de Barcelona en 1803 y tuvo sobresaltada a esta ciudad por algún tiempo, añadiendo muchas reflexiones a las mismas y aún insertando las respuestas e informes dados al Gobierno en dicha época. Además, puso un *Discurso sobre la novedad de la que llaman fiebre amarilla*, en el que con éste epígrafe sacado de Bacon: *Istud enim respicere pauca et pronuntiare secundum pauca omnia perdidit*, procuró probar con gran copia de doctrina, que la calentura amarilla no era una enfermedad nueva entre nosotros, ni recientemente conocida. Ya en el discurso inaugural, leído al empezar las lecciones sobre dicha calentura y otras análogas, había combatido aquella pretendida novedad, manifestando los daños que ocasiona tal creencia y exponiendo el sentido de las expresiones usadas por Sydenham, Boerhaave, Can-Swieten y otros sobre la novedad de las epidemias; pero en este segundo discurso se extiende más sobre el mismo asunto y siénta y discute con muchos y particulares argumentos las cuatro proposiciones siguientes:

1.ª "Las disputas sobre la novedad de la llamada fiebre amarilla se evitarían con dedicarse los médicos a la lectura de los libros antiguos igualmente que a la de los más nuevos. 2.ª La tericia y el vómito negro, que acompañan a las fiebres, dependen a menudo del influjo estacional. 3.ª La tericia y el vómito prieto, son síntomas epigenómenos o accidentales de las fiebres, y no esenciales o característicos de ellas. 4.ª Estudiando las historias de la que llaman fiebre amarilla, se verá no ser enfermedad nueva en Grecia, ni en varios países de Europa". No fueron estos solos los escritos de Salvá sobre la calentura amarilla, que desde entonces no dejó de ocupar bastante su atención, como diremos después.

En su *Tercer Año Clínico*, publicado en 1818, Salvá, con el título de *Indice de los remedios usados en las enfermerías* de la Real Escuela de medicina práctica de Barcelona, dió un tratado elemental de materia médica, terminado por un formulario latino bastante extenso. Creyó Salvá que esta obra podía ser muy útil a los alumnos de dicha escuela durante el curso clínico, y aún en el principio de su práctica, y no se equivocó, porque si se examina bien, se verá que sólo podía escribirla un práctico juicioso y desengañado que quiere inspirar la mayor moderación y reserva a sus discípulos en el uso de los remedios, y no trata de enseñarles más que aquello que realmente puede asegurarse en conciencia sobre sus virtudes y efectos. Para no abrumar, de otra parte, la atención y memoria de los mismos, y manifestarles la superfluidad de un gran número de medicamentos, expone solamente los más precisos, principales y eficaces que en general son suficientes para la práctica médica común, y enseña su uso con una doctrina y método particular y que puede llamarse original por lo mucho que difiere del que suelen seguir los demás autores de materia médica. En cuanto al formulario puede decirse con un autor francés (Vaidy) que "generalmente las fórmulas son simples en su composición, bien proporcionadas en sus dosis, escritas oportunamente en latín y que manifiestan un práctico experimentado".

Estos *Años Clínicos* han sido siempre elogiados por todos los buenos conocedores y entre los elogios de varios autores, tanto nacionales como extranjeros, nos limitaremos a citar el que hace particularmente del primer año el célebre Double, bien conocido por su *Semeiología General* y otras obras médicas en el tomo 26 del *Diario General de Medicina*, publicado en París.

No publicó Salvá más años clínicos, aunque tenía dispuestas varias observaciones para otros

tomos que realmente hubiera podido llenar, poseyendo un rico caudal de historias de las enfermedades observadas en las salas clínicas, cuyas historias seguidas de las más sabias y oportunas reflexiones, hubieran sin duda sido de mucha utilidad práctica, como escritas por un médico tan juicioso y experto. Ni habrían sido menos útiles las tablas médicas, que a imitación de las de Razoux había arreglado Salvá, y solía leer en la clase, al fin de cada mes; tablas que pensaba imprimir y que, como dice él mismo, "impresas cada año, serían de mucha utilidad para el público, y sobre todo para los discípulos de la escuela, que tendrían en ellas un recuerdo de las enfermedades que vieron en su curso práctico, y servirían al mismo tiempo de manifiesto del modo de portarse el catedrático".

Salvá desempeñó siempre las funciones de su cátedra con singular ahínco y asiduidad, esmerándose entrañablemente en el bien y aprovechamiento de sus discípulos, que algunas veces correspondieron con ingratitud sólo propia de unos jóvenes inconsiderados, a las sinceras y cordiales intenciones de su maestro, que en los últimos años de su vida a pesar de las insinuaciones de sus mejores amigos, no pudo resolverse a seguir el sabio consejo de Horacio:

Solve senescentem maturé sanus equum, ne
Peccet ad extremum ridendus et illa ducat,

tal era la pasión que tenía Salvá a la enseñanza; y si la naturaleza le hubiese dotado de aquellas cualidades oratorias extrínsecas que en cierta manera se pueden considerar como meramente accesorias a un profesor y que los discípulos incautos y seducidos de una brillante apariencia toman por las más principales, sin duda Salvá hubiera reunido todas las prendas de un perfecto catedrático, pues tenía las más sólidas y esenciales para enseñar bien a los que iban a principiar la carrera médica.

La misma afición a la enseñanza hizo que Salvá meditase mucho sobre ella, y que en 1812 publicase sus *Pensamientos sobre el arreglo de la enseñanza del arte de curar* y en 1813 un extenso *Suplemento* a los mismos; de cuyas obras puede asegurarse que comprenden casi cuanto hay que decir sobre estudios médicos y arreglo de la profesión, y que algunos de los pensamientos son por cierto originales, los demás, generalmente útiles y juiciosos y todos, dirigidos con más o menos acierto a la mejora de la enseñanza y aún del ejercicio de la facultad médica, respondiendo también tan moderada como eruditamente a los diversos reparos que algunos le opusieron.

Ya bastantes años antes había dispuesto para la impresión un *Extracto del proyecto de ley sobre la instrucción pública en Francia, propuesto por el célebre Chaptal, Ministro del interior, y acomodado a lo que puede convenirnos en España*. Había añadido algunas notas para señalar las mejoras que debían procurarse a la instrucción médica en nuestro reino, y que no dejó de señalar en sus *Pensamientos*, impresos posteriormente. Esto prueba con evidencia que ya desde mucho tiempo Salvá había tomado la enseñanza de la medicina por uno de los principales objetos de sus frecuentes meditaciones.

Salvá las fijó también particularmente en el estudio e ilustración de algunas enfermedades, entre las que le mereció mucha atención la fiebre amarilla. Salvá observó dos veces, en 1803 y 1821, esta terrible dolencia de Barcelona, que fué devastada por la misma la última vez, habiéndose podido contener sus progresos muy al principio de la primera; y ya hemos visto que había publicado algunos escritos bastante notables sobre dicha calentura. En 1800 escribió un *Desagravio de la Profesión médica injustamente sindicada en el cuaderno titulado "Reflexiones sobre la epidemia que reina en Cádiz y los medios de atajar una peste"*, y posteriormente un *Examen del origen de la fiebre de Andalucía del año 1800*. En el primero de estos dos cuadernos, que corrieron manuscritos y no pudieron entonces publicarse, justificaba la conducta de los médicos de Cádiz acerca la declaración de aquella epidemia, y combatía con energía los errores y calumnias de los autores de dichas reflexiones que no eran facultativos; y en el segundo cuaderno manifestaba las varias equivocaciones en que sobre la relación de la misma epidemia incurrieron el francés Berthe en su *Compendio histórico de la enfermedad que reinó en Andalucía en 1800*, y nuestro doctor Luzuriaga, en su traducción de la obra del célebre doctor Rush sobre la fiebre amarilla de Filadelfia de 1793. Aún después de muchos años, en 1820 publicó Salvá varios documentos, sobre todo pertenecientes a la expresada calentura amarilla de Cádiz y con el mismo fin, en su *Colección de trozos inéditos, relativos principalmente a la supuesta importación de la fiebre amarilla de Cá-*

dis del año 1800 con semilla extraña. En seguida sobre la de Barcelona de 1821, publicó tres pequeños folletos, el *Análisis de la fiebre llamada vulgar e impropriamente amarilla o vómito prieto*, con este epígrafe de Plinio: *Trahimur peregrinis et exoticis, domestica veró despiciamus*; una carta *Al ciudadano llorón autor del pésame inserto en el diario barcelonés de Brusi, de 28 de julio de 1822*, y un *Trozo de una carta de Mr. Deveze, individuo de la comisión sanitaria y general de Francia, etc.*, escrita al mismo Salvá que a dicho trozo añade varias reflexiones sobre la calentura amarilla. Salvá fué también uno de los que firmaron el *Manifiesto acerca del origen y propagación de la calentura que ha reinado en Barcelona en 1821*, publicado el año siguiente por una *reunión libre de médicos extranjeros y nacionales*. En una nota a la Colección de trozos mencionada antes, prometía Salvá hablar largamente sobre el contagio de la fiebre amarilla en su cuarto año clínico, que no se publicó ni se ha encontrado manuscrito. En todos estos escritos, así como en los anteriores y en las lecciones públicas sobre dicha calentura y demás tifoideas, manifestó las mismas ideas de que el contagio les es una cualidad accidental, como la ictericia y cualquier otro síntoma, siendo, de consiguiente, aquella calentura contagiosa o dejándolo de ser, según las diferentes circunstancias; que puede ser exótica e importada a cualquier pueblo o provincia, o bien indígena y producida por las causas locales; y que la epidemia de Cádiz, Barcelona y otras partes, pudo muy bien producirse en las mismas sin necesidad de importación alguna, como él dice que seguramente se produjo la de Barcelona de 1821, que tampoco fué contagiosa según él mismo.

Peró Salvá se dedicó también con la misma laboriosidad y esmero a las ciencias naturales, y particularmente la física había ocupado mucho su atención y formado sus delicias en los ratos que le dejaban libres las graves tareas de su profesión, sobre todo en su juventud. Muchas veces dió muestras de sus conocimientos físicos, de los que son una prueba particular y evidente algunos inventos bastante singulares. Uno de ellos es la agramadera que inventó con su sabio y amigo y consocio el doctor don Francisco Sanponts y que ambos anunciaron en una *Disertación sobre la explicación y uso de una nueva máquina para agramar cañamos y linos*, con dos láminas, publicada en Madrid en la imprenta Real, en 1784, y a expensas del Gobierno. El motivo de este invento no podía ser más filantrópico, ni más propio de la benéfica profesión de los inventores. "La máquina, dicen, que en el día presentamos a la nación, a más de la ventaja de ahorrar jornales y de dejar la obra más perfecta, tiene para nosotros otra muy superior, que es la conservación de la salud de aquellos infelices trabajadores, que perecían o se estropeaban y lastimaban en la penosa operación de agramar los cañamos. La compasión que excitó en nosotros la enfermedad de uno de ellos, contraída en aquel extremado trabajo, y las otras muchas que previmos podía causarles, nos hicieron juzgar obligación nuestra el dedicarnos a remediar el origen de tantos males, y por fin, después de muchísimas tentativas, tenemos la satisfacción de haber proporcionado este bien al género humano, sustituyendo el agua o los animales a la fuerza de los hombres".

Los mismos Salvá y Sanponts idearon juntos un *Hornillo económico y portátil* que no se publicó, habiéndose discurrido con una idea igualmente filantrópica de proteger la salud de los cocineros, tan expuesta por el ardor del fuego y el tufo del carbón y la leña.

Otro invento de Salvá fué el *Canal en seco para transporte*, ó plan y modo de transportar cuerpos pesados por medio de planos inclinados contiguos y opuestos entre sí, acomodando a dicho objeto el camino intermedio de los dos parajes en que deba transportarse el fardo o carga, por medio de diversas barandillas sostenidas por sus montantes y dispuestas paralelamente de dos en dos en forma de los expresados planos, y valiéndose de la gravedad e ímpetu adquirido por los cuerpos pesados en los descensos. Su Majestad, en vista de las utilidades de este proyecto, concedió al inventor privilegio exclusivo para usar de él en todo el reino por espacio de doce años; pero algunos estorbos impidieron que se pusiese en uso dicho plan, a pesar de haber salido bien los varios experimentos que de él se hicieron delante de las Autoridades superiores de Barcelona y se publicaron en los diarios de esta ciudad y de Madrid de 1800.

En el mismo año comunicó Salvá al señor Ministro de Estado otro invento de un *Barco Pez*, o barco para navegar debajo del agua, siendo de notar que en aquella época tuvo y publicó una idea semejante al célebre mecánico Fultón.

También ideó Salvá un *Correo muy veloz*, o nuevo método de dirigir avisos y cartas con la tercera parte de tiempo de un correo de gabinete, por medio de morteros dispuestos convenientemente.

En fin, Salvá inventó un *Telégrafo eléctrico*, teniendo la bella idea de aplicar la electricidad a la telegrafía, idea que comunicó a la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes, de Barcelona, en una Memoria leída en una de sus sesiones, y aún después al señor Ministro de Estado, que según se publicó en los periódicos de 1797, quedó plenamente satisfecho de la sencillez y efectos rápidos de la máquina compuesta al intento, habiendo el inventor sido presentado a Sus Majestades y Altezas, en cuya presencia repitió los experimentos, con buen éxito.

Salvá perteneció a la expresada Academia de Ciencias Naturales, y fué también sin duda uno de los socios que le hicieron más honor y tomaron una parte más activa en sus trabajos, adelantos e intereses. Hizo frecuentemente experimentos físicos de varias especies delante de la misma Academia, y leyó muchas memorias, que particularmente versaron sobre la electricidad positiva y negativa, el electróforo, la electricidad aplicada a la telegrafía, la causa de la mayor frecuencia de herir los rayos a Barcelona y sus alrededores de lo que se observaba antiguamente, el galvanismo, la construcción de instrumentos meteorológicos, en fin, sobre el termómetro, el barómetro portátil y los higrómetros. Salvá siempre proponía alguna mejora o alguna idea nueva en todos los puntos que trataba, y habiéndole hecho la Academia el encargo de que procurase que se construyesen en Barcelona los instrumentos meteorológicos más necesarios para cultivarse en el Principado la importante ciencia de la Meteorología, meditó mucho sobre la materia y enseñó al hábil vidriero don José Valls el modo de construir y graduar con perfección y con más sencillez y baratura dichos instrumentos.

Salvá trabajó especialmente en perfeccionar las aguas sulfúreas artificiales, y enseñó un nuevo modo o fórmula de preparar debidamente el sulfureto calcáreo líquido. "Más de quinientos experimentos, dice él mismo, hechos en 1790 me probaron que la proporción de los ingredientes del sulfureto de cal líquido y el calor y tiempo de la ebullición señalados en mi fórmula, eran necesarios para conseguirle fuerte y perfecto. Comuniquéla a mis amigos, señaladamente a mi consocio don Antonio de Martí. Probé mi aserción largamente en la Memoria sobre aguas sulfúreas artificiales, que leí en 1796 a la Real Sociedad médico-matritense. También en mi primer año clínico, publicado en 1802, puse la sobredicha fórmula de mi sulfureto, el cual me sirvió para las lociones con que curé económicamente en pocos días, delante de mis alumnos, la sarna de muchas niñas de la Real Casa de Misericordia de esta ciudad, como se refiere en dicha obrita. Nada de esto se dijo en el sucinto extracto de ella hecho por mi amigo Mr. Double, e inserto en el tomo 26 del Diario de Medicina de París. Esta omisión puede haber contribuido a que nuestros vecinos en estos últimos años hayan andado tanto tras los sulfuretos alcalinos, tan expuestos a descomposiciones con grave perjuicio de los enfermos, como ellos mismos juiciosamente advierten, y también que Mr. Thenard en la página 671 del segundo volumen de su Química ponga otra fórmula del sulfureto de cal líquido, que él llama sulfureto de cal hidrogenado. Con la fórmula de este esclarecido químico no se lograrán tan superiores como se necesitan para hacer las aguas de que tratamos y ha sido preciso advertirlo, porque como la obra del expresado autor anda acá en manos de todos, algunos podían adoptar su manera de elaborarlo y quedarían engañados".

Salvá dió al público en 1817 una noticia de sus trabajos sobre las aguas sulfúreas artificiales, insertando en las *Memorias de agricultura y artes*, publicadas de orden de la Real Junta de Comercio de Cataluña, una memoria con el título de *Nuevos métodos de imitar las aguas de las fuentes sulfúreas*. Nuestro célebre químico, farmacéutico y médico, doctor don Francisco Carbonell, uno de los redactores de aquel periódico, que insertó en él la memoria de Salvá, le añadió una nota en que dice: "haber este perfeccionado mucho la preparación muy interesante de dos líquidos; un sulfureto calcáreo líquido o sulfureto de cal hidrogenado muy concentrado y muy cargado de hidrógeno sulfurado o de ácido hidrosulfúrico; y una agua clara y transparente cargada igualmente de hidrógeno sulfurado o sea un ácido hidrosulfúrico líquido muy concentrado y transparente, con mucha ventaja a cuanto han publicado hasta ahora sobre esta materia los más clásicos autores de química nacionales y extrangeros. Salvá consiguió la perfección de estos líquidos, prosigue Carbonell, a favor de una larga serie de experimentos continuados por espacio de muchos años sobre una substancia la más ingrata y más repugnante por el hedor insoportable que despide; a cuyo hedor no pueden resistir los que no están acostumbrados a él. Lo que, si hace mucho honor a este infatigable observador, ¿qué deberemos decir de sus ayudantes o compañeras de sus trabajos, su esposa y su doncella, atendida la delicadeza del bello sexo?" En efecto, Salvá enseñó el modo de elaborar los sulfuros y componer las aguas sulfúreas a su esposa y su

doncella, que después lo hacían ya todo por sí solas, y aún siguen haciéndolo con mucha perfección, habiendo desde un principio dado dichas aguas a los pobres y a los amigos que las necesitaban.

Salvá cultivó muy particularmente la meteorología, teniendo la paciencia tan útil como curiosa, de ocuparse diariamente, por espacio de más de cuarenta años, en observar las afecciones meteorológicas de Barcelona tres veces al día, sobre cuyo punto puso varios artículos en los diarios. Las comunicaba al diarista de esta ciudad y por muchos años las comunicó también a los editores del Memorial literario de Madrid, en el que insertó en 1787 un discurso o *Carta sobre utilidad de los diarios meteorológicos* publicados en el mismo memorial. Y como Salvá nunca se olvidaba de su amada Medicina, no dejó de aplicarle luego la meteorología y escribió hasta el año 24 unas tablas que aún existen en cuatro tomos en cuarto en su librería y en las que a las afecciones meteorológicas de cada mes sigue una noticia de las enfermedades observadas en el mismo.

Fue tan intenso el amor de Salvá a la Medicina, y particularmente a la Clínica, que quiso ser útil a una y a otra, aún después de su muerte. Así legó en su testamento la cantidad de unas mil y cuatrocientas libras catalanas (14.933 rs. vn.) a la Real Academia de Medicina de esta ciudad para dos premios anuales de treinta libras cada uno, destinados al que resuelva un problema escogido y propuesto por la misma Academia, y al que presente la mejor descripción de una epidemia ocurrida en España. Salvá era el socio residente que, sin permitir que se publicase su nombre, costó por espacio de muchos años el premio adjudicado a tal descripción por la Academia, habiendo ésta logrado así, buenas descripciones de varias epidemias que se han publicado en parte por aquélla o por sus autores. Debemos decir aquí con particular satisfacción, que la Real Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía del Reino, deseosa de dispensar a cada uno el honor que merece, ha ordenado que la medalla de oro acuñada para dichos premios tenga por lema, en el anverso *A expensas del doctor don Francisco Salvá*, y en el reverso *Al mérito en Medicina*.

Salvá confirmó en su testamento la donación que había hecho de su librería al Real estudio clínico de esta ciudad. Después de haberse dedicado por más de sesenta años al estudio y ejercicio de la medicina y empleado veinticinco en la enseñanza clínica, coronó el fin de su larga y gloriosa carrera médica con una acción tan útil como generosa, sin dejarla para después de la muerte, como suelen demasiado hacerlo los donadores. Luego de sentir los efectos de su edad y achaques, y habiendo obtenido la jubilación de su cátedra por Su Majestad, se desprendió generosamente de toda su librería médica y la dió a dicho Real estudio, costeando con igual generosidad su traslación y colocación, mesas, sillas y todo cuanto se necesitaba para que pudiese servir al público. Esta librería, que constaba de más de mil quinientos volúmenes y contenía las obras principales y más importantes de la facultad, habiéndose arreglado con prontitud su índice, se abrió el día 9 de mayo de 1827. Yo tuve, el día antes la satisfacción de anunciar su abertura con un discurso que pronuncié a los alumnos clínicos y en que manifesté la generosidad del donativo, la importancia de la librería donada, las ventajas de la erudición médica, la utilidad de la lectura verificada sobre todo con el correspondiente método y crítica, y la necesidad de una Bibliografía crítico-médica escrita según los principios que expuse. La Real Junta Superior de Medicina, que cooperaba con el mayor gusto y celo a todo lo que interesase y ensalzase la facultad médica, aceptó y aplaudió la preciosa dádiva de Salvá, aprobando al mismo tiempo el reglamento que le remití y con que había de regirse la nueva biblioteca para la mejor utilidad de los discípulos y de los demás que quisiesen frecuentarla; y el generoso donador que no dejó de visitarla mientras pudo, logró varias veces antes de morir la satisfacción de ver bastante frecuentada su biblioteca, como particularmente apetecía.

Había Salvá dado anteriormente algunos libros a los Reales Colegios de Cirugía y de Farmacia de Barcelona, como también legó en su testamento a la Real Academia de ciencias naturales y artes de la misma ciudad, los libros de física que él poseía y sus instrumentos de meteorología, electricidad y galvanismo.

Igualmente legó Salvá una determinada cantidad de dinero para que, después de la muerte de su esposa, se hiciese un ensayo temporal con el fin de que los pueblos de Mollet y Rabós cerca de Perelada en el Ampurdán, donde él tenía sus bienes paternos, tuviesen un médico con la obligación de asistir gratuitamente a los enfermos pobres de los mismos. Con este legado se propuso Salvá, a más de hacer un señalado servicio a aquellos pueblos, verificar cuanto estaba de su parte la idea que había expuesto en sus *Pensamientos* sobre el arreglo del arte de curar, y era relativa, al modo de visitar los facultativos en los primeros años de su práctica, a los vecinos de los pue-

blos pequeños o de tercer orden. Salvá señaló en su testamento los motivos de tal ensayo, el modo particular de elegirse el médico por los Ayuntamientos de dichos pueblos junto con esta Academia, las obligaciones del médico elegido, la seguridad y aumento de los fondos para pagarle anualmente y por tercios anticipados cuatrocientas libras catalanas (4.266 rs. vn.), y sus deseos de que con el tiempo se hiciese perpetuo lo que al principio solamente intentaba ensayar.

Además legó Salvá la mitad líquida de los alquileres de una casa en Barcelona, también después del fallecimiento de su esposa, para aplicarla en subsidio de los enfermos de las salas del Santo Cristo que sirven para la Clínica médica en el Hospital general de ésta ciudad, a fin de poderles dar mejor asistencia de lo que permitían las rentas del hospital. "Dichos enfermos, dice en su legado, son principalmente acreedores a ello, ya que sirven para la enseñanza médica general".

En fin, legó Salvá a su *estimado discípulo* doctor don Félix Janer (¿por qué no he de complacerme en repetir sus propias palabras?) su reloj de oro de segundos fijos "que acostumbro llevar, dice, en mi visita hospitalaria, y que alguna vez podrá servirle"; con cuyas últimas palabras manifestó bastante que, aunque hiciese con el mayor gusto aquella manda a un discípulo, a quien quería mucho, no dejaba de tener presente al hacerla el bien y la utilidad de su Clínica, deseando que su legado no sirviese menos a ésta que al legatario.

Pero, ¡qué mucho si Salvá legó hasta su propio cuerpo a la instrucción pública! Son tan notables las palabras con que expresa este legado en su testamento que ellas solas bastarían para hacer su elogio, y manifiestan mejor de lo que yo pudiera con otras, su generosidad, la grandeza de su alma, y sus deseos de ser útil a la Medicina y a los enfermos, aún después de su muerte. "Si la disección de mi cadáver, dice, puede servir de instrucción pública, atendida mi última enfermedad o el modo de mi muerte, quiero absolutamente y mando que lejos de oponerse a ella la faciliten en mi habitación a los profesores que la pidan, suministrándoles la ropa necesaria para la decencia y perfección de aquélla, permitiéndoles también extraer de mi cadáver las partes que se necesiten para un gabinete patológico, y pagando hasta dieciséis duros de mi dinero la preparación necesaria para la conservación de lo que se extrajere, conducente a la instrucción patológica. Creo no obstante que lo más acertado sería obtener permiso del Presidente del Colegio de Cirugía para hacerse la disección de mi cadáver en una de las mesas destinadas a este objeto, encerrar despés el cadáver en el ataúd, y llevarlo desde allí en el carro del hospital al cementerio sin pompa alguna... Mi deseo es, añadía, que se obtenga el permiso de la Administración del Hospital para que se sirva dejarme conducir al cementerio entre los cadáveres de los difuntos de aquella santa casa y en el mismo carro, y de mis bienes se gratificará con una onza de oro si la Administración concede dicho permiso. Como he hecho mis delicias de estar en vida entre los enfermos y muertos de aquel asilo de infelices, no me disgustará su compañía después de muerto y ser tratado como uno de ellos".

Accediendo a los piadosos e ilustrados deseos del testador, se ejecutó puntualmente cuanto él disponía. El cadáver fué abierto en el expresado Colegio por el actual catedrático del Real Colegio de San Carlos de Madrid, don Joaquín Hysern, discípulo entonces y disertor de la Clínica que estaba a mi cargo. Salvá falleció de una enfermedad cerebral y la cabeza fué la única que presentó *varios desórdenes notables*. Había un derrame bastante considerable de serosidad entre las dos aragnoideas, y una exudación albuminosa con algunas pintas sanguíneas bien señaladas en la superficie interna de la aragnoidea exterior que cubre el hemisferio izquierdo del cerebro. Otras exudaciones albuminosas, pero enteramente blancas llenaban los intersticios y cubrían parte de las circunvoluciones del mismo hemisferio, debajo de la aragnoidea interna. Las dos aragnoideas tenían un espesor mucho mayor del natural. Había algunas adherencias entre las meninges que cubren la pared interna de los hemisferios cerebrales y la falce mesoria en uno y otro lado. Los vasos de la superficie del cerebro estaban manifiestamente inyectados. En la parte posterior e inferior del lóbulo posterior del hemisferio izquierdo, había una extravasación sanguínea con filtración y derrame, que ocupaba la substancia cortical y la terminación de la medular en la extensión de unas dos pulgadas, y alrededor la substancia cerebral estaba reblandecida en una extensión mayor. Los ventrículos laterales estaban llenos de serosidad, el plexo coroides del cuarto ventrículo bastante inyectado, y los de los ventrículos laterales contenían cada uno una masa hidatiforme parecida a un acefalocisto.

Algunos años antes de morir había Salvá ido perdiendo la memoria, particularmente en cuanto a los nombres propios, la que perdió mucho más en 1827, por una gravísima calentura atáxica de que convalenció muy lentamente; pero siempre se conoció que la cabeza había padecido

mucho y por fin, en el año siguiente cayó en una afección soporosa que duró bastantes días, paró en un invencible letargo y terminó insensiblemente la vida de Salvá el día 13 de febrero de 1828, a los 76 años y 7 meses de su edad. Su cuerpo fué enterrado como él deseaba, pero se puso en la losa sepulcral una inscripción que recuerda a la posterioridad sus principales méritos y virtudes. Algunos discípulos y amigos solicitaron que se conservara su corazón para que colocado en una urnita permaneciese en perpetua memoria en la Biblioteca, donde se halla depositado entre sus tan amados libros.

Salvá fué médico Honorario de la Real Familia y posteriormente de Cámara de Su Majestad y perteneció a muchos cuerpos literarios. A más de las Academias de Medicina y de Ciencias naturales y artes de Barcelona, fué socio de mérito literario de la Real Sociedad económica de amigos del país, de Zaragoza, de la Academia y Real Colegio de Medicina de Madrid, de la Academia médico-práctica de Cartagena, de la Academia de Medicina de Murcia, de la Sociedad médico-quirúrgica de Cádiz, de la Sociedad de Medicina de París, de la Lineana de la misma ciudad, de la Sociedad de Medicina de Marsella y de la de Agricultura, Comercio y Artes, de Narbonne.

Salvá, a más de estar en relación con los diferentes cuerpos científicos de que era socio, mantuvo una frecuente correspondencia con muchos facultativos de nombradía, así nacionales como extranjeros, y aun con varios literatos y personas respetables; y los ilustres nombres de Soldevilla, Piñera, Franseri, Sinués, Lacaba, Bonells, Villalba, Aréjula, Ameller, Luzuriaga, Hernández, Masdevall, O-Scanlan, Pasqual, Ligoña, Coll, Sanpots, Mitjaviña, Viader, Martí, Díaz, Valdés, Amat, Dou, Peñalver, Cabarrús, Pavón, Company, Valbuena, Muñarriz, Arias, la duquesa de Borbón, Gouan, Ramel, Boucher, Careno, Mechain, Double, Sedillot, Valentín, Deveze, Rochoux, Chervin, Lassis, Pellegrini; estos y otros nombres de sus corresponsales aun constan por los muchos y grandes legajos de sus cartas que conservaba Salvá, y que manifiestan su particular exactitud hasta en la correspondencia, bien propia de su señalada formalidad y honradez, como experimenté yo mismo por espacio de muchos años. La duquesa de Borbón, muy afectá al magnetismo animal, sobre cuya certitud y utilidad había tenido varias conversaciones con Salvá, su médico ordinario en esta ciudad, le hizo el obsequio de enviarle después, desde París, todos los cuadernos de los Anales y Biblioteca de dicho magnetismo mientras se fueron publicando.

Salvá tuvo siempre todas las cualidades de un buen ciudadano. Así se interesó siempre vivamente en los proyectos y empresas útiles a su patria: así, por ejemplo, contribuyó eficazmente al establecimiento de la litografía en Barcelona en 1820. Durante la guerra de la independencia, habiendo permanecido en esta ciudad por no poder dejar a su madre anciana y enferma, hizo como buen español servicios muy señalados y que pusieron varias veces su vida en el más inminente peligro, como consta de una información que se recibió después de la guerra, acreditando el patriotismo, zelo y actividad de Salvá a favor de la causa española los testigos más seguros y más calificados. Entonces, por lo tocante a la facultad, continuó siempre visitando a toda clase de personas; y atendida la miseria que durante aquella desgraciada época padeció de continuo esta ciudad, no sólo visitaba de balde a muchos, sino que aun favorecía a no pocos de su propio bolsillo. Durante la terrible epidemia de 1921, estuvo perenne en Barcelona, asistiendo a los enfermos acometidos de la fiebre amarilla, visitando gratis a muchos, observando, escribiendo y trabajando de todos modos con su acostumbrado celo y energía.

Salvá fué buen hijo y buen esposo, habiendo dejado a su amada consorte muchos motivos de llorar, como llora siempre la sensible pérdida de tan buen marido. No puede decirse que fué igualmente buen padre, habiéndole negado la Providencia el anhelado consuelo de algún hijo.

En fin, Salvá fué sólidamente cristiano y piadoso, verdadero amigo de los pobres, singularmente modesto, muy veraz, formal y exacto en el cumplimiento de su palabra, celoso apreciador del mérito donde quiera que se hallase, apreciando particularmente a los discípulos que se distinguían por su aplicación y talento favoreciéndoles cuanto le era posible.

Tal fué el benemérito doctor don Francisco Salvá, mi dignísimo antecesor en la cátedra de Clínica. Tales fueron las eminentes cualidades y virtudes de nuestro sabio, que las empleó siempre con extraordinario celo y aplicación en bien y utilidad de la Medicina y la humanidad. Imitemos, pues, tan noble ejemplo, procuremos ser igualmente útiles a la facultad y a la patria, trabajemos con igual ahinco en el bien y lustre de nuestra profesión, y podremos esperar que con nuestros mancomunados trabajos la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona llegará al alto grado de honor y gloria que le compete.

Hasta aquí, el doctor don Félix Janer, discípulo y amigo del doctor Salvá, y bien pudiera cerrar con punto el magnífico panegírico que acabo de presentaros completo, pero que no está fuera de tiempo el indicar cómo ésta Academia ha tenido gran cuidado en honrar siempre a tan eminente académico.

El primer tributo a los altos méritos de Salvá, fué el discurso del doctor Janer (1) que se publicó en forma de un folleto en cuarto y sesenta y seis páginas.

De acuerdo con la Academia, según oficio de 29 de febrero de 1832, "La Real Junta Superior de Medicina y Cirugía del Reyno dispuso que en las medallas que han de darse a los gratificados (2) se ponga en una cara de la medalla: "*A expensis del doctor don Francisco Salvá*, y en la otra: "*Al Mérito en Medicina*", cuyo troquel se guarda aún en nuestros Archivos.

En sesión de primero de abril de 1846 (3), se acordó fijar en el Salón de sesiones un cuadro "en que se hallan continuados los principales méritos del distinguido doctor don Francisco Salvá" y Campillo, y que aún en la actualidad debe la Academia recordar con satisfacción todos los años; disponiéndose la impresión de estos trabajos en los mismos términos en que los presentó redactados la Comisión de topografías; con fecha de nueve de noviembre de mil ochocientos cuarenta y cuatro." (4).

En el *Diccionario de escritores de Cataluña*, de Torras Amat, expresa una extensa biografía del doctor Salvá, con una colección curiosísima que corrobora por completo las grandísimas condiciones del biografiado, considerándole como un talento singularmente precoz y con carácter con sumo grado y constante.

El doctor Chinchilla (5), hablando del doctor Salvá, dice: "Este médico es seguramente otro de los que más han honrado a la medicina española del siglo que nos ocupa (6). Un segundo Piquer, llegó a adquirir una celebridad europea".

El doctor Chinchilla copia lo publicado por el doctor Torras Amat, y luego extiende extraordinario el artículo bibliográfico que resulta muy detallado.

El doctor Hernández Morejón, en su interesante obra póstuma, *La Historia bibliográfica de la medicina Española*, publicada en 1852, dedica buen número de páginas al doctor Salvá, resumiendo gran parte del *Elogio histórico*, compuesto por don Félix Janer, cuya lectura recomienda a quien desee tener noticia más extensa de los méritos y eminentes servicios del esclarecido Salvá (7).

Tengo a la vista, con cariñosa dedicatoria del autor, la bella memoria biográfica, escrita con el garbo y exquisitez con que lo hacía vuestro buen amigo y distinguidísimo miembro de esta Academia, el doctor don Eduardo Bertrán y Rubio, en la sesión solemne celebrada por el Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona, el 25 de septiembre de 1886, para colocar el retrato del insigne médico doctor don Francisco Salvá y Campillo (8).

El doctor Bertrán llama, modestamente, a su luminoso trabajo, *Apuntes biográficos*, que leerá con placer quien tenga interés en ello, pues, además de su juicio sobre los méritos y trabajos del doctor Salvá, cumplía la nota bibliográfica publicada en el *Diccionario de Torras Amat*.

No puedo dejar ahora en el silencio un hermoso párrafo de lo escrito por el doctor Bertrán y Rubio:

"La Medicina española, que puede envanecerse de contar en los tres últimos siglos (y no citemos épocas anteriores) hombres de la talla de Laguna (a la vez humanista, orador y poeta). Villalobos, célebre sífilógrafo llamado el Fracas-tor Español, Vallés, *el divino*, filósofo, además, como lo fueron también Huarte y Cardoso y Gómez Pereira, y doña Oliva de Sabuco, y Servet (el descubridor de la circulación de la sangre), Lobera de Avila, Solano de Luque (el de la Esfig-

(1) Según consta en el Libro de Actas correspondiente al día 15 de enero de 1832, el Dr. D. Félix Janer empezó la lectura del *elogio histórico* del Dr. D. Francisco Salvá. El día 1.º de febrero continuó la lectura.

(2) Como premio en los concursos.

(3) Libro de Actas de la R. A. de M. y C. de Barcelona. Tomo 7, pág. 67.

(4) En otro cuadro habían de figurar los nombres y méritos de los Académicos más distinguidos.

(5) CHINCHILLA, ANASTASIO.—*Anales históricos de la Medicina en general y Biográfico-bibliográfico de la española en particular*. Tomo IV, pág. 133. Valencia 1846.

(6) Siglo XVIII.

(7) HERNANDEZ MOREJON, ANTONIO.—*Historia bibliográfica de la Medicina Española*. Tomo VII, pág. 360, Madrid 1832.

(8) El Doctor Don Francisco Salvá y Campillo. *Apuntes biográficos* leídos por el Dr. E. Bertrán Rubio, en la sesión solemne celebrada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona en 25 de septiembre de 1888 para colocar el retrato del insigne médico en la Galería de Catalanes ilustres. Barcelona 1888.

mografía), Martín Martínez (el Feijoo de la Medicina), Piquer (el continuador de la raza de nuestros filósofos médicos), Gimbernat (el primer anatómico práctico de su tiempo y operador de fama europea), y tantos más, no había de negarle un sitio en su glorioso catálogo moderno, a don Francisco Salvá, que, si no puede citarse como jefe de secta, fundador de escuela o autor de ninguno de esos sistemas que forman época en la historia del saber, reúne títulos sobrados y méritos asaz relevantes para que se le considere y aprecie a la par de los obreros de la ciencia más incansables y más hábiles, y entre los iniciadores de descubrimientos que, desarrollados y perfeccionados después, habían de llegar últimamente a adquirir la importancia que hoy tiene, por ejemplo, la telegrafía eléctrica...”

Es muy detallada la biografía del doctor Salvá, publicada en el *Diccionario biográfico y bibliográfico*, por Antonio Elías de Molins, que resulta muy detallada y en donde se hace mención especial de trabajos eléctricos presentados a la Real Academia de Ciencias y Artes.

El reputado y excelente escritor don José Coroleu, dice a propósito de Salvá que, “Este insigne barcelonés, nacido de generosa prosapia en 11 de julio de 1174, ha brillado entre los sabios más eminentes y los ciudadanos más útiles y apreciables de su tiempo”. (1).

Hace suyos los conceptos laudatorios del doctor Bertrán y Rubio, de Torres Amat y son de él los siguientes párrafos:

“Salvá fué por su laboriosidad, su gran caudal de conocimientos y sus austeras costumbres el tipo acabado del sabio; pero del sabio cristiano, modesto y caritativo hasta después de muerto y a quien podía aplicarse con entera justicia el bello elogio que dos siglos antes habían hecho de Claris nuestros mayores, diciendo: *omnis omnibus fuit*. Porque fué tan altruista que jamás la codicia ni el amor a la gloria mundana impulsaron su vanidad, ni perturbaron su inteligencia. Fué *todo para todos*. Su ciencia, su fortuna, tan honrosamente adquirida, su influencia, su vida entera las consagró a consolar a los enfermos, a enseñar a los ignorantes y socorrer a los pobres...”

Sus virtudes cívicas brillaron también en todos los terrenos con igual esplendor que sus virtudes cristianas y su mérito científico, pues sabemos por testimonio de sus contemporáneos, que en la guerra de la Independencia dió muestras de valeroso y acendrado patriotismo, y que en la terrible epidemia de fiebre amarilla, que tan crueles estragos causó en Barcelona en 1821, hizo prodigios de actividad y arrojo multiplicándose incesantemente para socorrer a los atacados. En aquellos aciagos días el vecindario le vió convertido en providencia de los menesterosos, pues no contento con prodigarles los auxilios de su ciencia, les socorría con su proverbial largueza.

Esta Academia celebró solemne sesión pública el día 30 de diciembre de 1900, en la que se leyeron tres discursos dedicados a enaltecer a Salvá, escritos por don Tomás Escriche, Catedrático de Física del Instituto y los doctores Robert y Comenge, descubriéndose el retrato del afamado médico y glorioso Académico, colocado en el mismo sitio en que lo podéis contemplar ahora (2).

El señor Escriche, delegado por la Real Academia de Ciencias, estudió a Salvá como *físico e inventor*; el doctor Robert le describió y comentó como *Maestro de clínica*, y el doctor Comenge habló de la “*Influencia de Salvá en la evolución de la Medicina*”.

Como esta noche se leerá el bien escrito trabajo del doctor Robert, de tan buen recuerdo para cuantos fuimos sus discípulos y tan estimado como valioso miembro de esta Casa nada diré de él. Leyéndolo, a solas, me pareció oír nuevamente la voz del querido maestro, y cuando supe que hoy sería leído por mi buen amigo doctor Bellido, gocé pensando cuán grato me sería escuchar los aplausos con que premiariáis su lectura.

Don Tomás Escriche, al hacer el elogio del doctor Salvá, escribió estas palabras: “Entre estos astros refulgentes que en nuestro horizonte intelectual han brillado, hay, señores, que catalogar uno que, cual estrella vespertina primero y después matutina, arrojó sus destellos en el ocaso del pasado siglo (3), y en los albores del presente que agoniza (4); este astro es don Francisco Salvá y Campillo, a quien conmemoramos esta noche. Estrella de multicolores luces, como es frecuente en los talentos privilegiados, se le puede considerar bajo distintos aspectos, y a mí me incumbe presentároslo como *físico y como inventor*...”

(1) Galería de Catalanes ilustres. Bosquejos biográficos. Escritos por D. José Narciso Roca y Farreras y D. José Coroleu, Segunda edición. Barcelona.

(2) Los discursos, con un retrato del autor, se publicaron por acuerdo de la Academia. Barcelona, 1901.

(3) El XVIII.

(4) El XIX.

"Si como físico destaca Salvá por lo atinado y sagaz de su experimentación, y por lo irrefutable de su inflexible dialéctica, como inventor tiene rasgos geniales a que no se ha hecho la debida justicia y por los cuales debería su nombre haberse colocado a muy grande altura.

"La posteridad no ha sido justa con tan preclaro varón, que, dado el nivel de los conocimientos físicos en su tiempo y en su patria, hizo en su bien aprovechada vida una labor digna de mayor encomio. ¿Sabéis lo que de este español dijo, según he tenido el gusto de leer en una carta de nuestro malogrado escritor don José Coroleu, una comisión inglesa venida a España para examinar sus memorias? Oídlo bien: *Si Salvá hubiese nacido en La Gran Bretaña, sus descubrimientos se hubieran esculpido en letras de oro.*"

El doctor Comengé, resume todo su modo de juzgar a su antecesor diciendo: "Toma, por tanto, Salvá y Campillo en la hueste gloriosa de médicos catalanes, astros luminosos a cuyo contorno giran los acontecimientos más grandes, los prestigios más sólidos, las más brillantes reformas del Arte de curar en España en tiempos modernos..."

Y para terminar el ramillete de elogios tributados a la memoria del doctor Salvá, haré mención de la comunicación hecha por el doctor Eduardo Alcobé, quien representando a la Real Academia de Ciencias y Artes, presentó en el *Centenario de Alejandro Volta—Congreso Internacional de Físicos— 11-20 septiembre de 1927. — Como-Pavía-Roma —* una comunicación haciendo referencia a una memoria en 16 de diciembre de 1795, en la describe el modo de hablar por medio de la electricidad y en la misma memoria ya habla de la telegrafía submarina y hasta incluso sin alambre para el través del mar.

Señores Académicos: Bien hubiese deseado escribir un excelso trabajo tan digno del biografiado como meritisimo, por ser representación de vuestros aplausos a tan eminente Académico, el doctor don Francisco Salvá; pero, como no me era fácil alcanzar tanta excelsitud, estimé más, mucho más, que yo interviniera menos personalmente, mientras yo pudiese asegurar la recuperación de una Memoria, tan bien escrita y aplaudida, por los señores Académicos contemporáneos del doctor Salvá y de su discípulo el doctor Janer.
